¿Es la ansiedad el gran dolor de nuestra época? 'Expuesta', el primer libro de la autora londinense, indaga en la angustia de su generación, en su desarraigo y en sus consuelos efímeros y engañosos.

POR **ELENA PITA**

EN SAYO

Tal vez haya que leer a la jovencísima Olivia Sudjic (Londres, 1988) para entender de qué naturaleza está hecha hoy la ansiedad que rampa por las venas de un *milenial*. Qué se esconde detrás de su aparente indolencia, la carapantalla de estos jóvenes ora silentes ora vocingleros. De qué tienen miedo o qué les duele si parecen no saber nada porque a nada atienden. Qué oscuros laberintos de su subconsciente recorre un *post* desde que lo suben a la red y pulsan compartir hasta que reciben mil me gusta. *Ansiedad Z* de la novísima literatura.

Olivia Sudjic, londinense de origen yugoslavo (cuando este origen existía en el mapa), hija de dos periodistas rotundamente contrarios y temerosos de su temprana vocación de escritora (su madre fue la primera editora del *Traveler U.K.* y su padre dirige The Design Museum-London), ha escrito a sus 30 años un pequeño ensayo sobre la vida expuesta de tantos que viven pendientes de su particular audiencia. Iba a ser su segunda novela, tras una primera (*Una vida que no es mía*) en la que su protagonista suplanta la personalidad de una mujer que se desnuda en las redes sociales, pero se le cruzó un ataque del asunto o la ansiedad como epidemia: *Expuesta* (editorial Alpha Decay).

~¿Es la falta de identidad o arraigo el motivo principal de esa creciente ansiedad que usted califica de epidemia?

~Puede ser una de las razones más importantes, sí, pero a ella, en el caso de las jóvenes generaciones, se añade un peligro que tiene mucho que ver con la tecnología. Hablo de la omnipresencia de las noticias que amedrentan sobre los populismos y el cambio climático, frente a las que nos sentimos impotentes como ciudadanos. Es verdad que cada época histórica sufrió sus conflictos, pero una guerra finalmente se acaba, tiene una solución política, mientras que los males generados por el moderno capitalismo parecen no tenerla. Mi generación creció con dirección de *email* cuando internet parecía la gran esperanza que iba a cohesionar al mundo trayendo la libertad, y Francis Fukuyama hablaba del «fin de la Historia»: el mundo ya no sufriría más turbulencias. Pero éstas llegaron precisamente con internet, que no iba a permitirnos desconectar jamás.

~Recibió una beca como escritora, una residencia en Bruselas durante la que escribiría su segunda novela. ¿La había solicitado para provocarse el ataque de ansiedad que dio lugar a este ensayo o sucedió por casualidad?

~[Sonríe, como si la pregunta fuera ciertamente inocente] Yo no solicité nada, fue una sorpresa, y la acepté sin poder predecir que seis meses después, cuando ya era demasiado tarde para cancelarla, mi vida iba a cambiar drásticamente.

~Y allí estaba usted: la pantalla en blanco y una crisis de ansiedad en ciernes. ¿Tuvo algo que ver con una ruptura emocional, según creo haber leído entre líneas?

~Las causas fueron múltiples pero sí, el fin de una relación sentimental no me dejó en el estado ideal para desconectar de lo real y sumergirme a solas en el largo proceso de escribir una novela no precisamente alegre. Era una situación muy proclive a la depresión, que derivó en un ataque de ansiedad y en este ensayo.

~¿No es paradójico que, si la exposición de su intimidad le produce ansiedad, persista usted en el género confesional?

~Sí, claro que lo es: la vida neocapitalista está llena de paradojas, como odiar internet y no poder desconectarlo. Pero es esa misma paradoja la que crea el material de mi escritura, como un reciclaje continuo que me permite profundizar en los problemas.

~¿Escribir es para usted un proceso básicamente terapéutico?

~En absoluto. Es mi modo de pensar en la realidad y expresar mis ideas. Es dedicar mi tiempo a indagar sobre sentimientos negativos para arrojar luz sobre ellos, pero no necesariamente para sentirme mejor, que es lo que se busca en una terapia. No es una catarsis, sino una toma de conciencia de la realidad y de mí misma.

~¿Cómo llega a la positiva conclusión de considerar la ansiedad «una fuerza dual y esencial no solo para la creatividad sino también para la vida»? Lo primero es muy viejo, pero, ¿ansiedad como motor de vida?

~Mi concepto de la ansiedad está íntimamente ligado a la sensibilidad y la atención: cómo habla la gente, cómo reponde, cómo suena. Si quisiera deshacerme de ella podría llegar a vivir en una burbuja, pero su coste sería sentir menos emoción. No estoy diciendo que necesite la depresión o la neurosis como el artista maldito; es más, creo que la felicidad también puede generar buena literatura, pero, en mi caso, sería pretender ser lo que no soy, falsear mi identidad. La ansiedad es productiva en tanto que te contagia la necesidad de comunicar la realidad; en mi caso, escribir.

~No menciona ninguna de las adicciones que conlleva normalmente la ansiedad; ya sabe, drogas, alcohol, juego o, sin ir más lejos, ansiolíticos para poder funcionar. ¿Nunca las ha sufrido, ni siquiera es adicta a las redes como casi todos los de su generación?

~No del tipo que menciona, más allá de una breve etapa enganchada a los analgésicos. Pero especialmente en mi década de los 20 padecí una fuerte adición a las relaciones tóxicas, en cierto grado abusivas o lo que ahora se llama *gaslighting*: una relación emocional que intenta convencerte de que tu experiencia no es real, que te deja desarmada porque acabas desconfiando de tus propias sensaciones, de ti misma y, sobre todo, de tu cordura. No es una adicción física ni obvia, no es antisocial ni se considera que tu estado mental sea adictivo, y precisamente por ello es mucho más peligrosa.

~Suena a maltrato psicológico. ¿Por qué dice que a las mujeres nos va más el papel marginal y al hombre, el de iniciado?

~Porque el mundo ha sido construido por el hombre, es un club masculino, mientras que la mujer está acostumbrada a observarlo desde el margen. Pongamos el pequeño ejemplo de un coche: a quién le sirve el cinturón de seguridad, pues al hombre; la mujer o se lo ajusta o de nada va a protegerla frente a un impacto, porque está pensado por y para el hombre. Las mujeres tenemos mucho más que ver con los homosexuales, la gente de color, etcétera. Aunque no todos los hombres ni todas las mujeres son iguales, pero sí su caracterización, dentro de la cual yo me considero una privilegiada. Sí, soy consciente de la suerte de haber vivido rodeada de gente más interesada en el arte y la creación que en el dinero; y de haber tenido unos padres con los que comparto intereses culturales, aunque al principio trataron de disuadirme de la incertidumbre que supone vivir de la literatura.

~No ha respondido sobre el asunto de las redes. ¿Está o ha estado enganchada y de ahí la temática de su primera novela?

~No conozco el estado mental de la adicción tal y como cuenta Amy Liptrot tan bellamente en su libro de memorias *The outrun*, aunque sí conozco bien la ansiedad de vivir pendiente de una audiencia. Pero en los últimos años me he dado de baja en todas las redes sociales (con lo que cuesta el trámite) y ya solo estoy en Instagram. Estoy demasiado, me temo.

~¿No es muy ingenua su proclama sobre la necesidad de «dejar de utilizar el internet que nos han creado y construir el que realmente queremos»?

~Bueno, he rebajado mis esperanzas pero creía en ello firmemente hasta hace tres años. Lo que sí sigo manteniendo es que el sistema político y social se puede cambiar. Para empezar, necesitamos gente joven que regule internet y sus conexiones. Y esto se vio claramente con el ridículo que hicieron los gobiernos americano y ruso ante el escándalo de Facebook en las últimas elecciones: no entendían nada de lo que estaba sucediendo. ¡Cómo nos va a regular gente que ignora la realidad virtual en la que nos movemos!

~Olivia, ¿qué experiencia de miedo dio forma a su voz literaria?

~ La primera tuvo que ver con mi familia: soy hija única y el tener un nombre extranjero en un contexto escolar donde lo que quieres ser es idéntico a los otros, me hacía sentir un poco diferente. No es que me sintiera una refugiada, pero mi nombre evocaba un lugar, Yugoslavia, de donde procedían las noticias de una guerra terrible. Mi niñez fue emocionalmente inestable y creo que ahí nació mi necesidad de comunicar y ser entendida. Pero la voz de un escritor es algo que cambia en el tiempo, y la experiencia de *Expuesta* fue muy liberadora y me ha abierto nuevos caminos, afortunadamente.

~¿Qué ha sido de la novela interrumpida?

~Estoy corrigiéndola, que es un proceso que no me gusta nada. Se publicará dentro de un año.

"Si quisiera deshacerme de la ansiedad podría vivir en una burbuja, pero su coste sería sentir menos emoción"

OPI-
NIÓN

ANSIEDADES

POR
JOAQUÍN PÉREZ
AZAÚSTRE

LA ANSIEDAD **es un temblor, una supremacía del ahogo por encima del tiempo. Se nos está escapando, ya se ha ido: como para Ryunosuke Akutagawa, que sintió ese sombrío desasosiego durante toda su vida antes de suicidarse con veronal. Tenía 35 años y dejó una nota en la que hablaba de «una vaga sensación de ansiedad sobre mi propio futuro». Fue en 1927. Dos años después, en la Universidad de Columbia, Lorca se encontró con otra nueva ansiedad contemporánea: la de una arquitectura convertida en la esclavitud de los más débiles, en su alto paraíso inaccesible con su tumba en el aire.**

La ansiedad es el resorte, el calambre en la mesa antes de la escritura. No es una placidez, no es esa reflexión que llegará más tarde: es una tensión dura que te oprime en el pecho y después te deja sin respiración. Encarar el presente, su soledad con amplificadores en las redes sociales, es la causa de hoy. Haber perdido el amor, la familia, su calma: demasiados estímulos entre lo que soñamos y la sombra que somos, ese perfil borroso al fondo del espejo. Somos personajes de Elena Ferrante con la mirada turbia de un futuro implorante, pero antes hemos sido Meursault con el calor de los pies en la arena, cuando estar a la orilla de una playa en Argelia nos condena a la desolación. Somos el sufrimiento que horada la conciencia en los poemas de 'El cuadro del dolor', de Ana Castro, la ansiedad verbal de elaborar la voz de mixturas ardientes en Berta García Faet o el vértigo interior de Ángelo Néstore, en sus 'Actos impuros', tras la fiebre del ser antes de darle un nombre. Cómo no adivinar su porción de ansiedad en 'Canción dulce', de Leila Slimani, en la búsqueda de una independencia, más individual que en 'Un incendio invisible', la novela de Sara Mesa en la que una ciudad se consume a sí misma. También la hay en 'Clavícula', de Marta Sanz, con su tragicomedia y la duda de estar dentro del precipicio.

Por eso es tan valioso el ensayo de Olivia Sudjic: porque nos enfrenta al abismo, ante el acecho que hemos generado para nosotros mismos. Las miramos a tientas, en su lenta penumbra, para afrontarlas o sobrevivirlas: hay tantas ansiedades como rostros y antes o después todas se escriben.

CONTACT